



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13315

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

JUEVES 5 DE ABRIL DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar tín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Hinchando el perro

El movimiento carlista de Cataluña—llamémoslo así para darle algún nombre—va resultando algo así como un sainete, no porque no haya habido sus plintos de conspiración—que ya sabemos cómo las gastan los hojalateros—sino porque el suceso se ha empequeñecido hasta tal punto que no responde á la alarma producida.

Somos muy noveleros; pero se ha dado tal pasto á la novelería con la agitación de Cataluña, que está justificada la atención que le hemos dedicado, como lo está también la rechufa de que la han hecho objeto los periódicos después de convencerse de que en ese asunto no hay motivo de temor alguno.

Por ahí terminan todas las alarmas que tienen como base los temores de alteración del orden público. Como empiezan todo el mundo lo sabe. Precisamente surge ahora una nueva en las campañas de Jerez, donde á juzgar por referencias de lo que allí pasa—no ahora sino siempre—parece que están llevadas al desarrollo de toda utopía ó idea disolvente. Tal nos la pintan, y tal idea concebimos después de escuchar la pintura que de ella nos hacen, que siempre estamos con la vista fija en dicha población.

Ahora corren sobre ella rumores graves. La gente se pregunta, indaga y, según dicen los periódicos, sólo encuentran reservas donde esperaban recoger noticias; y con tanto misterio, se forma un estado de ansiedad tan grande, que la fantasía recoge todos los temores y peligros que pueden deducirse, aumentados á toda la potencia de la fantasía.

¿Qué pasa en Jerez?—pregunta la gente como preguntaba antes de ahora—¿qué pasa en Cataluña?

Y en aquella pasará lo que pasaba en ésta. Nada entre dos platos, á pesar de que al llegar las primeras noticias

ya dimos por hecho que el territorio catalán estaba lleno de partidas.

Y no hay nada de eso. Lo que hay es que, procedentes de la guerra pasada, quedan aquí y allá depósitos pequeños de fusiles y sables, armas que los que las tenían las guardaron, tal vez con la intención de que volvieran á servir en momento oportuno, pero que hoy no servirían para combatir con la tropa, que va armada de maüser.

La agitación carlista es sin duda una preocupación de las autoridades. No hay ambiente para las aventuras; y como no lo hay, los carlistas no se moverán. Mas serían de temer los elementos radicales, esos elementos que predicaban en todos los meetings la revolución; pero les ocurre lo mismo, no hay ambiente revolucionario y por mucho que prediquen no habrá revolución.

A guardar más reserva—pero sin misterios—lo de Cataluña hubiese pasado desapercibido ó cuando menos sin alarmar á nadie; pero se ha excitado la atención del público y éste se ha apoderado del suceso hinchándolo hasta convencerse de que no habría motivo para nada.

Como prueba de lo que decimos, ahí va un telegrama fechado en Barcelona por el redactor corresponsal de un periódico de la situación.

Dice así:

«Ha corrido con gran insistencia el rumor de que la policía había llevado á cabo un servicio de excepcional importancia. El servicio consistía en la captura de un individuo en cuyo poder se habían encontrado unos documentos muy graves.

Los periodistas hemos ido al Gobierno civil, donde hemos topado con una reserva absoluta. Nadie sabía nada. Pero poco á poco hemos averiguado que, en efecto, en uno de los calabozos del edificio había un joven, incomunicado y con guardias de vista. Hemos ido haciendo averiguaciones, y se nos ha confirmado que el susodicho joven había sido sorprendido mientras fijaba «pasquines de carácter carlista-separatista.»

Hemos logrado por fin ver esos pas-

quines», que no son otra cosa que unos letreros catalanes que dicen: «Qui blasfema el nom de Deu, es mes tonto del que's creu» (quien blasfema del nombre de Dios, es más tonto de lo que se figura.)

Ha costado gran trabajo, y se ha necesitado la intervención de personas importantes, para convencer á nuestras autoridades de que no se trataba de ningún pasquin sedicioso, y de que todo se reducía á un inofensivo desahogo de un devoto católico.

Después de mucho bregar, el referido joven, dependiente de un conocido comerciante, ha quedado en libertad.»

Así son esas cosas; se las califica de descubrimientos importantes y luego resultan el parto de los montes.

Pero en tanto alarman al país y lo tienen en constante excitación, unas veces por lo de Cataluña, otra por lo de Jerez, ahora con motivo de una huelga y mañana por causa de un complot que no llega á estallar.

TIJERETAZOS

Dice un colega:

«De disolución de Cortes—como diría el conde de Romanones—se habló; ya no se habla.»

No hay que fiarse.

Cuando más olvidadas parecen las cosas más las recuerda quien tiene interés en que se hagan.

El Sr. Moret es gran aficionado á la química y no dejará de disolver el Parlamento si lo dejan.

**

Y si no se habla de disolución, ¿de qué se habla pues?

«De otro asunto no menos interesante y que está llamado á tener importancia, y quizá gran alcance político—responde un periódico.—«De si procede ó no reanudar para plazo breve las tareas parlamentarias.»

Si se han de reunir para pasar el tiempo, como es uso y costumbre, más vale no abrirlas.

Y si los ministros se dedican en tanto á la confección de un presupuesto

que sea tan aplaudido como el que hizo Villaverde, ¡miel sobre hojuelas!

Lerroux insiste en combatir á los catalanistas aunque sus amigos hagan lo contrario.

Por ahí se empieza. Y se acabará... combatiendo Lerroux á sus amigos—que en tal caso ya no lo serán—y á los catalanistas. Vivir para ver.

**

Después de todo es hombre consecuente ese Lerroux. Les declaró guerra sin cuartel y no ha modificado su actitud. Ni el mismo Salmerón ha logrado torcer su voluntad.

En este asunto tiene su programa. El artículo «El alma en los labios», escrito y publicado en Barcelona, á raíz de los sucesos que dieron vida á la ley sobre jurisdicciones, del cual artículo salían los catalanistas hechos una lástima.

Por cierto que el escrito le valió al autor la mar de parabienes por parte de los que hoy van del brazo de Rusiñol y compañeros.

Y una de dos:

O entonces no sabían lo que se pescaban, ó es ahora cuando no lo saben.

Dice *La Publicidad* de Barcelona que si se disuelven las Cortes es para evitar que un diputado diga en el Congreso quién es el autor del complot carlista descubierto.

Hombre, si de eso se está hablando mucho antes que hubiera complot.

Además, si se cerraran éstas se abrirían otras. Y mientras hubiese un diputado que quisiera abordar la cuestión habría que tratarla con ó sin permiso del gobierno.

De modo que... le ha salido á *La Publicidad* un poquito desigual la consecuencia.

No se esfuerce el colega en propagarla porque nadie le va á creer.

Leemos:

«A una buena parte de nuestros políticos, les desagrada la prensa que no adule.»

Según y cómo.

Algunas veces esos políticos hacen algo bueno y esa prensa que no sabe

adular los ensalza haciéndoles justicia.

En esos casos ¡qué buena es la prensa!

Pero en los restantes, cuando se les censura, en justicia también, la prensa es un elemento de difamación.

Con lógica aplastante dice un colega de Madrid:

«Si se ha prohibido pedir limosna, es imposible prohibir las peticiones de trabajo, no precisamente porque el pueblo tenga derecho á él sino porque todas las clases pudientes se hallan en la obligación de proporcionárselo.»

En esto último habría que hacer sus distinciones; pero en lo demás...

¡Ya lo creo! Prohibido el uso de pedir limosna no hay más remedio que repartir trabajo.

Porque de algo ha de comer la gente.

SALVADOS

La Naturaleza, en una de sus brutales sacudidas, los enterró, pero la raza humana indomable, representada en ese puñado de hombres, ha vencido su acometida.

En medio de la pena en que nos anegó la catástrofe de Courrières, un débil rayo de alegría viene á ser el leitmotiv de tan gran desgracia.

Trece obreros han pasado veinte días enterrados en una galería de la mina incendiada.

No basta para esto la noticia concisa de un telegrama; la idea de estos mártires del trabajo, que han luchado con el hambre, con el frío, con el incendio que se produjo por la explosión, nos sugiere ideas grandes y elevadas, infundiéndonos energías, virilidad caliente, ánimos para la gran pelea por el vivir.

El gran Zola pareció presagiar en *Germinal* esta catástrofe, y aun el epílogo hermoso que ha tenido.

El relato de los supervivientes de la horrible desgracia, nos hace frisonar de horror y de espanto.

Después de la explosión, se refugiaron en un rincón de la mina, permaneciendo allí ocho días.

gún se dice, ha de remunerar nuestras buenas obras, nos dan en plácemes el cóuplo de un mal, cuya violencia debou haber apreciada, porque tu dureza no está llena de pasión! Pero ser torturado por una mujer que nos mata con indiferencia, ¿no es un suplicio infernal?

En aquel momento Foedora hollaba, sin saberlo, todas mis esperanzas, torturaba mi vida, destruyendo mi porvenir con la fría indolencia ó inocente crueldad de un niño que de-garra por curiosidad las alas de una mariposa.

—Mas tarde—añadió Foedora—cor-fio que reconociera la solides del afecto que consagro á mis amigos. Siempre me encontrareis con ellos buena y generosa. Dará mi vida por ellos, pero vos mismo me despreciarais si yo permitiese sus amores sin corresponderlos. Basta. Sois el único hombre á quien he dicho estas últimas palabras.

Se me anudó la voz en la garganta y apenas pude comprimir el huracán que se iba alzando en mi pecho; mas suprimiendo en breve mis sensaciones en el fondo del alma, fingiendo una leve sonrisa:

—Si yo os digo que os amo—respondí—me rechazaréis si me osen de indiferente, me castigaréis también; los

ro sabed también que jamás he vuelto á ver á las personas tan mal inspiradas para haberme hablado de amor. Si mi cariño hacía vos fuese ligero, os excusaría una advertencia en que hay menos orgullo que amistad. Una mujer se expone á recibir un desaire, cuando suponiendo que es amada, rebusa de automato un sentimiento siempre ligero. Conosco las escenas de Arsinoo y de Arminia, y me he familiarizado con las respuestas que puedo oír en casos semejantes; pero espero no ser hoy mal juzgado por un hombre de talento á quien he mostrado francamente los sentimientos de mi alma.

Se explicaba con la sangre fría de un abogado ó de un notario al hablar á sus clientes de los trámites de un proceso, ó de los artículos de un contrato. El timbre claro y seductor de su voz, no revelaba la menor emoción: so o su rostro y su postura siempre nobles y decorosos, me parecieron impregnados de una frialdad y una seguridad diplomáticas. Sin duda había meditado sus palabras y hecho el programa de esta escena. ¡Oh, mi querido amigo; cuando ciertas mujeres encuentran un placer en desgarrrarnos el corazón, cuando han resuelto hundir en él un puñal y volverlo repetidas veces á la herida, esas mujeres nos parecen adorables, aman ó quieren ser amadas, un día nos recompensarán nuestros dolores como Elias, se

Apenas me coloqué, sentí un golpe eléctrico como si una voz me gritase:—¡Ella está ahí!

Me vuelvo, y descubrí á la condesa en el fondo de un palco y oculta en la sombra. Mis ojos la distinguieron desde luego con una lucidez fabulosa.

Mi alma se había remontado hacia su vida, como vuela un insecto hacia su flor ¡Por qué se habían apercibido mis sentidos de aquel encesos! Hay estremecimientos íntimos que pueden sorprender á los ánimos superficiales, pero estos efectos de nuestra naturaleza interior, son tan sencillos como los fenómenos habituales de nuestra visión exterior. Así no me sorprende, pero me indigna. Mis estudios sobre el poder moral que tan poco conocemos, sirven al menos para hacerme encontrar en mi pasión algunas pruebas vivas de mi sistema. Esta alianza del sabio y del amante, de una ideología cordial y de un amor científico, todo yo se sé qué carácter de extrañeza. La ciencia se la contentarse con lo mismo que desprecia al amante, y el amante lanzaba la ciencia lejos de sí cuando estaba seguro de triunfar.

Foedora me vió y se puso seria: mi presencia la incomodaba. En el primer entrecodo cubí á Foedora una visita; se hallaba sola, y permaneció con ella en el palco. Aún no habíamos hablado de amor, y ya prometía yo una